

Pero no son ellos solos :
tambien, ai! de ellas se imponen
los zelosos..... el monarca
la seña fatal recoge.

A salir Villamediana
siguiendo su amado norte,
iba por distinto lado
del salon, cuando turbóle

El ver al rei furibundo,
que con miradas atrozes,
ojos cual los de un fantasma,
en él sin quitarlos pone.

Sobrecogido, de mármol,
ni á dar un paso atrevióse,
y trabó, disimulando,
un altercado con Lope.



ROMANCE IV.

FINAL.

En aquella galería,
adornada de arabescos
y follajes primorosos,
con oro y esmaltes hechos,

Y cuya baranda rica
daba hácia el jardin pequeño,
en que el caballo de bronce
estuvo por largo tiempo :

Sin mas luz que la que esparce
la luna en mitad del cielo,
esperando á álguien la reina,
está turbada y con miedo.

Del concurso de la danza
y de la orquesta el estruendo,
que los salones ocupa,
oye resonar de léjos ;

Y aunque sabe que notada
ha de ser su ausencia presto,
por dar al conde un aviso
atropella todo riesgo.

Siglos los instantes juzga
con mortal desasosiego,
y en el barandal dorado
palpitante apoya el pecho.

Mira al ecuestre coloso,
inmóbil, oscuro, enhiesto,
entre laureles y murtas,
y tiembla, infelize, al verlo.

Alza á la pálida luna
los ojos de llanto llenos,
Y se estravía su mente
por precipicios horrendos.

Sin rumor y de puntillas,
como fantasma ó espectro,
en el corredor entróse,
la parte oscura siguiendo,

Un hombre embozado : llega
por detras en gran silencio
á la reina, que, de espaldas
estando, no pudo verlo,

Y le tapa el noble rostro
con dos manos como hielo,
pero delicadas manos
que agita un temblor lijero.

¿Quién pudiera aproximarse
á dama de tal respeto,
sino el amante dichoso
con tan inocente juego?

Así lo pensó ella misma,
pues aunque al primer momento
de sorpresa lanzó un grito,
pronto sobre sí volviendo :

« Déjame, conde, » prorumpe
con dulces lánguidos ecos :
no es esta ocasion de burlas,
pues es de infortunios tiempo.

« Déjame, y escucha, conde. »—
Libre la dejan en esto
las manos que la cegaban,
y se encuentra sola, cielos !

Con su marido, que arroja
por los ojos rabia y fuego.
Queda la infeliz difunta ;
mas tienen el privilegio
Las hembras del disimulo,
y en los críticos encuentros
mucha mayor agudeza
que el hombre de mas ingenio.

Al oír que el rei pregunta
con voz como voz de infierno,
« Yo conde ?... yo ? » — En sí tornando
la reina, responde presto :

« Sí, señor, de Barcelona.....
y se complace mi pecho
con tal título, afirmado
con vuestro poder y esfuerzo,

« Despues que habéis reprimido
la rebelion de aquel pueblo. »—
Quedó pasmado el monarca :
« Discreta sois por extremo, »

Repuso, y tras pausa leve,
« Mas ¿ qué infortunios tenemos ? »—
Ya alentada la señora,
pues siempre el paso primero

Es el trabajoso, dijo :
« No faltan, señor, por cierto :
dígalo Flándes perdida,
y de Nápoles los reinos ;

« Donde un ambicioso intenta
arreatarnos el cetro ;
ó Milan, donde la peste
está tanto estrago haciendo ;

« Y Portugal vacilante,
do traidores encubiertos... »
Aquí atajóla Filipo
con voz de lejano trueno :

« Basta pues, basta, señora ;
sois francesa, bien lo veo ;
tenéis interes mui grande
en mi honor y en el del reino.

« Veréis que uno y otro al punto
para aquietaros sostengo,
y que lavaré con sangre
la mancha que advierta en ellos. »

Calló, y una atroz mirada
con el rostro descompuesto,
que pareció mas terrible
de la luna á los reflejos,

Clavó en la reina, mirada
que destrozó aguda el seno
de la infeliz, pues temblando
cayó sin sentido al suelo.

Como sin rumor ninguno
vuela ó se deshace un sueño,
desapareció el monarca :
fué á su cámara en silencio,

Tocó un silbato de oro,
que tuvo mágico efecto,
pues salió de los tapizes,
al silbido obedeciendo,

Por una encubierta entrada
un humilde balletero,
cual espíritu maligno
que al conjuro está sujeto.

Era el favorito oculto
del rei : ambos un momento
hablaron con tal sigilo,
que el labio apenas movieron ;

Solo al irse el confidente,
se oyó decir al rei esto :
« Asegura bien el golpe,
y si has de vivir, secreto. »

Al sarao y á los salones
tornó Filipo mui presto :
aunque pálido el semblante,
tranquilo y tal vez risueño,

Volvió á hablar al Conde-duque,
el cual como astuto y diestro,
que su señor encubria
conoció cuidados nuevos.

Al cabo de corto rato
anuncióse que en su lecho
la reina indispueta estaba,
y se dió fin al festejo.

Sucedió al bullicio alegre,
al son de los instrumentos
y á la confusion festiva,
el mas profundo silencio.

Los cortesanos al punto
las actitudes y gestos
dejaron de la alegría,
y tomaron los del duelo ;

Y á vaciarse los salones
comenzaron del inmenso
concurso , que los llenaba,
de galas, vapor y estruendo.

Villamediana confuso,
de inquietud funesta lleno,
al retirarse saluda
al monarca con respeto,

Y este con una sonrisa
le deja aterrado y yerto ;
miéntras afable despide
á los otros palaciegos.

De la desdichada reina
la favorita corriendo
sale por las antesalas,
busca al conde sin aliento ,

Penetra la muchedumbre,
le hace señas desde léjos :
al fin le alcanza, va á hablarle,
un papel lleva encubierto ;

Cuando se pára y se hiela
al rei de repente viendo :
tal queda liebre cobarde
de la serpiente al aspecto.

El gran tropel que descende
las escaleras , violento
arrastra á Villamediana,
que va delirante y ciego.

Su carroza no parece...
en la de Orgaz toma puesto,
y ambos condes por las calles
(que aun no estaban, cual las vemos,

Alumbradas con faroles)
velozes van y en silencio.
Grita en una encrucijada
una voz, *Conde!* El cochero

Pára al punto los caballos ;
pregunta Orgaz desde dentro :
« A cuál de los dos ? » De fuera,
« Villamediana, » dijeron.

Villamediana al estribo,
juzgando que es mensajero
de la reina quien le llama,
sacó la cabeza y pecho ;

Y al punto se lo traspasa
una daga de gran precio
con tal furor, que á la espalda
asomó el agudo hierro.

Cayó el herido en el coche
un mar de sangre vertiendo ,
y de su amigo en los brazos
al instante quedó muerto.



EL CUENTO
DE UN VETERANO.

— o o o —
INTRODUCCION.

¡ Oh cuán grato es el oír
allá en el hogar paterno ,
las largas noches de invierno ,
entre el cenar y el dormir ,